

LXIX.

LA RESOLUCION.

El cambio de John no se realizaba por medio de entusiasmos, ni con fuertes sacudidas; todo era trabajo de su mente lógica y de su férrea voluntad. A su silogismo último, según su índole característica, debía seguir una profesión de fe católica. En una mañana estival, John había determinado hablar francamente á su madre. Se presentó delante de ella en actitud más respetuosa que nunca: era su intento decirle que, á pesar de ser muy defensora de la Iglesia anglicana, debía, cuando menos, respetar su determinación, dado que aprobarla no quisiera. Hacía hincapié para ello en su equidad, así como en la actitud que toma-

ría él, digna y modesta. Empezó con una especie de exordio, para el que se había preparado primero:—Madre mía, heme propuesto como un deber, desde mi mayor edad, no decidir negocio alguno sin vuestra noticia y consejo. No quiero encubrirlos más, por consiguiente, un designio que ahora me aparta de todos los demás pensamientos . . . .

—Habla pronto, dijo interrumpiéndole la madre, que presumía la palabra última y la esperaba desde atrás.

—Estoy altamente desengañado de nuestra Iglesia anglicana, y me siento compelido á la Iglesia . . . .

—¿Tú? añadió la madre, interrumpiéndole de nuevo, ¿Tú, que hace pocos días jurabas por las dificultades insuperables contra el Papa y el papismo?

—Juraba entonces lealmente, respondió John, como de costumbre, y como ahora juraría lealmente lo contrario. No habló al aire. Dios tiene derechos supremos, y la conciencia impone deberes ajenos á toda consideración. Por lo demás, no soy el único; sigo las huellas de centenares de los hombres más ilustres y probos de nuestra comunión. También juraron en sus libros contra la Iglesia romana, con inmenso a-

parato de doctrinas filosóficas y bíblicas: después, empero, uno tras otro, abjuraron sus irrazonables juramentos, viviendo ahora fieles á la nueva Iglesia por ellos escogida. Muchos ascendieron al sacerdocio ó á las prelaturas, y no pocos son frailes.

—¿Por qué más bien no imitas á los innumerables que resistieron invictos las seducciones papistas?

—Me fijo, respondió el joven, en los que parécenme más verdaderamente convencidos de su propia religión. Nadie, sin excluir á los adversarios, osa poner en duda la sinceridad de los nuevos convertidos á la católica.

—¿Te has obstinado, pues, en . . . .?

—No estoy obstinado, respondió John, pero sí resuelto irrevocablemente.

—Siendo así, ¿á qué malgastar el tiempo? Es inútil toda conversación, ahora, sobre todo, que has venido á ser el jefe de la familia.

—Sé, madre mía, cuáles son mis derechos; más no he venido aquí para recordarlos. Os pido sólo, por gracia, que no juzgueis á vuestro hijo sin oírle. Tened la paciencia de pesar los motivos que me acababan de resolver. Será la última vez que hablemos de religión.

—¿No me podrías ahorrar este suplicio?

—Creo deber rendiros cuenta de mi resolución, antes de ponerla en práctica, dijo el joven.

—Habla, y destroza el corazón de tu madre á tu placer.

John estuvo próximo á despedirse secamente; pero se contuvo, disimulando la pena que lo hería. Conservaba siempre en el secreto de su corazón la esperanza de que su madre, mujer de talento no despreciaría de ningún modo al fin las razones de su conversión, que le parecían de una claridad deslumbradora. Respondió, pues:—Si me oís con un poco de calma, reconocereis acaso que obro con madurez suficiente, lo cual no podrá menos de consolarnos.

—No puedo ser víctima insensible.... soy tu madre.

—Precisamente porque soy vuestro hijo, ansío informaros de las razones que me obligan á separarme del protestantismo, á fin de que no se disminuya vuestra estimación ni la mía.—

Unió mistress Needle sus manos, inclinó la cabeza, y cerró los ojos, como si se resignase á oír su sentencia de muerte. Empezó á decir John, sereno el rostro y lle-

na la mente de sus razones:—Observo que todo el sistema de las creencias que componen la Religión cristiana nos presenta verdades que sobrepujan las fuerzas de nuestro entendimiento: un Dios, uno en esencia, subsistente, sin embargo, en tres Personas; Jesucristo, Dios y hombre; la oculta obra de la gracia que trasforma la naturaleza del hombre; la presencia real del Salvador en la Eucaristía; la condición de las almas en la otra vida. Ahora bien: ¿cuál se puede vanagloriar, en tan profundos arcanos, de poseer la verdad sin mezcla de error, sólo con dar vueltas en torno de ellos con su ingenio? Ni vos, ni yo, ni los demás del mundo. Para decir con absoluta certeza: “Creo en Dios uno y trino,” ú otra verdad misteriosa, fuerza es que una autoridad incontrastable, infalible, divina, me descubra y afirme lo verdadero relativamente á dichos dogmas. Entonces los aceptaré, porque la razón me dicta que una divina é infalible autoridad tiene un derecho infinito á ser creída. Mientras tal autoridad no existe, ó no me habla, yo, para ser razonable, debo diferir mi juicio, sin creer ni dejar de creer. Infero, por lo tanto, que si quiere Dios que se crean en el mundo semejantes dogmas, superiores á la

humana razón, ha de haber instituido en la tierra también una autoridad infalible, que testifique y enseñe— ¿Os parece claro?

—Clarísimo, respondió la madre. Gracias á Dios, este oráculo divino que buscas para que hable y enseñe, aquí está en mi cuarto. . . . ¡Mirale! (y señaló la Biblia). ¿Qué precisión existe de mendigar las respuestas de los oráculos humanos?

—Pues bien, respondió John; consultémoslo juntos (el joven tomó la Biblia). . . . Ante todo, ¿quién os asegura de que la Biblia verdadera es la que teneis? Innumerables otros cristianos y doctores de las Iglesias oriental, griega, romana, protestante, nos gritan: “¡Tened cuidado! La Biblia de los anglicanos está mutilada y falsificada. . . .” ¡Oh! ¿Quién os da la certidumbre de poseer la verdadera palabra de Dios?

—Mi iglesia, respondió la madre: duermo tranquila sobre la palabra de mi iglesia, que la coloca en mi mano.

—¿Más quién os asegura sobre vuestra iglesia anglicana? replicó John. Nuestra iglesia se declara falible, por lo cual viene á decirnos poco más ó menos lo siguiente. “Tomad este libro como palabra de Dios, aunque no puedo aseguraros que lo sea.”

La mujer, que tenía entendimiento, co-

noció la fuerza de la razón, y no supo responder. Se puso á divagar:—¿Crees más segura la Biblia que te presentan los católicos?

—Sí, dijo John. La Iglesia romana no nació ayer, como la nuestra, por el capricho de un lego; es inmutable y antigua: su sacerdocio y su Episcopado se remontan, por medio de ordenaciones, hasta los Apóstoles y Jesucristo. Además, es la única grande Iglesia divina, á la cual prometió Jesucristo su asistencia para que no errara en la fe. Prueban, por añadidura, que es tal los infinitos portentos con que se propagó y se conserva á través de obstáculos humanamente insuperables; prueban que es tal los millones de mártires que nunca jamás, sin el benéfico concurso de Dios, hubieran podido morir tan intrépidamente por su fe. En fin, la Iglesia romana lleva en su frente la señal de su divinidad, por lo que cuando me dice: “Toma este libro, que contiene la palabra de Dios.” lo tomo, lo beso y lo leo, seguro de poseerla realmente.—

Quedóse muda mistress Needle al oír este discurso luminoso. John prosiguió:—Por lo demás, ya que vos y yo estamos de acuerdo en creer este libro palabra de Dios,

vengamos á la dificultad práctica, y consultémoslo juntos sobre la gran cuestión de la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía. Veamos si la palabra escrita en el libro es bastante para formar un acto de fe.

John se puso á hojear el volúmen, y encontró pronto el capítulo vigésimo sexto de San Mateo:—Vedlo, añadió; la Biblia dice que “Jesucristo tomó el pan, lo bendijo, lo partió, y dándolo á sus discípulos, les dijo:—Tomad y comed: este es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias, y diósele, diciendo:—Bebed todos de él. porque esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados.” Ahora bien, madre mía: ¿qué nos quiere revelar Jesucristo con estas palabras? Paréceme que no hay duda: Jesucristo cumple la promesa empeñada primeramente al decir: “El pan que os daré yo, es mi carne, por la vida del mundo.” ¿Podía Jesucristo hablar más claramente cuando dijo: “Este es mi cuerpo esta es mi sangre?”—Así realmente responden los católicos, los orientales, los griegos, los rusos, en suma, casi todos los cristianos del orbe. Con todo, se levantaron Calvino, Zuinglio, Ecolampadio, Car-

lostadio, y toda la grey de los sacramentarios y de nuestros anglicanos, los cuales juraron y volvieron á jurar que el verbo *es* significa *no es*, por lo cual no está en el Sacramento el cuerpo ni la sangre de Jesucristo.

—Haces decir un absurdo á quien no lo dice, observó mistress Needle: no nos enseña la Iglesia que *es* significa *no es*; nos advierte que aquel *es mi cuerpo, es mi sangre*, se debe entender, *es en figura* mi cuerpo y mi sangre.

John, al momento:—lo que en *figura* es, en *realidad* no es: luego nuestra iglesia anglicana en el fondo, nos quiere dar á entender que aquel *es* significa *no es*. Realmente por ello la increpan los *tratarianos*, los *ritualistas*, y los *puseistas*, los cuales aseguran que el cuerpo y la sangre, de Jesucristo están en la Eucaristía en realidad, y que por los fieles se reciben en la santa Comunión realmente. Más dejemos este punto como lo encontramos; el hecho es que nosotros, con toda la Biblia y con un texto de claridad incomparable, no logramos definir la cuestión, ni entendernos con las otras iglesias del orbe, ni aun llegamos á una inteligencia con los *puseistas*

y los demás, anglicanos también lo mismo que nosotros.

—¿Qué importa? dijo la madre: entiéndalo cada uno á su manera, y todos listos.

—¿Qué importa? ¿Os parece bien esto, madre mía? ¿Se trata, por ventura, de un dogma indiferente? Si Cristo está en el Sacramento y es sacrificado en la santa Misa diariamente, poseemos al Salvador vivo y verdadero en la tierra como en el cielo, y nos unimos á él de un modo inefable, viniendo á ser el centro del culto y la vida del cristianismo; si, por el contrario, no está, los fieles quedan privados de su presencia, como también desposeidos del cielo y de su divina persona desde su Ascensión; los puseistas, como todos los cristianos del mundo, vienen á ser un rebaño de idólatras que adoran el pan y el vino. En suma, de la contraria inteligencia de las palabras *Es mi cuerpo, Es mi sangre*, resultan dos religiones totalmente opuestas, contradictorias, contrarias entre sí como la noche y el día. La Biblia, si la interpretamos según nuestro capricho, no es bastante para resolver cuál es la verdadera, es decir, la que quiso revelarnos el Redentor. —

Mistress Needle fruncía las cejas y se fi-

jaba en la conversación, prosiguiendo su hijo:—Lo propio pasa en cien otras cuestiones capitalísimas. Entre los protestantes, unos afirman y otros niegan la necesidad del bautismo, por más que se diga en el Evangelio muy abiertamente que sin él no cabe la salud: entre nosotros se disputa si para salvarse es preciso hacer obras buenas y vivir como un hombre honrado, ó si es bastante tener fe y obrar como un cerdo. En cien y mil escuelas protestantes enseñase que la Biblia es una historia mitológica, de ningún modo enseñada por Dios: aún entre nosotros un Obispo no hace mucho declaró que no contenían la palabra de Dios el Génesis, el Exodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio, que hasta entonces habíanse creído la parte más fundamental de la Biblia... ¡Advertid de cuán poco sirve tener en la mano un libro que se llama la Biblia! Vivimos á oscuras en todo, dudamos de los Sacramentos más vitales, no sabemos si Cristo está realmente con nosotros, ó si existe únicamente un pedazo de pan en los templos; hasta ignoramos si tenemos la palabra de Dios en la Biblia...! ¿No creéis, madre, que debía buscar en otro sitio la certidumbre? La he buscado infatigablemente... y he hallado en la Igle-